

PREFACIO

Este texto ha tenido una larga y prolija historia. Mi interés por Georges Cuvier se remonta a mis años de estudiante de biología. Fue el tema que escogí en el trabajo preceptivo que debía realizarse para la asignatura denominada Historia de las Ciencias Naturales. La razón de la opción era mi interés por la anatomía comparada. Luego, durante mi estancia en el Muséum de París como becario predoctoral, y en mis largos años de colaboración con mis amigos de dicho centro, y con los del campus de Jussieu, el acceso a fuentes de información inimaginables para el estudiante que yo era en 1970, me reafirmaron en una idea intuita precozmente: la figura de Cuvier era mucho más compleja que la imagen del villano, oportunista y enemigo de la idea lamarckiana de evolución, que normalmente se nos transmitía. Mucho más tarde me apercibí de los paralelismos existentes entre la vida del considerado fundador de la anatomía comparada y la de Georg Wilhelm Friedrich Hegel. En este último caso, y dado que mediaba la ideología, su figura había pasado ante mí desde la semiclandestinidad, a que era sometida por la filosofía oficial durante el franquismo, a ser objeto de las iras de los popperianos, tan activos en los años de los estertores de la guerra fría. Puestos a meterse en la villanía, y reafirmados los hechos, si se quiere anecdóticos, entre la vida de los dos personajes, empecé a pergeñar el presente texto. Pero dejando aparte los aspectos ya comentados, que podrían calificarse un tanto de circunstanciales, ha sido sin duda el marco histórico-cultural en el que se movieron Cuvier y Hegel, y el fenómeno de co-

nexión que estableció entre ellos la *Naturphilosophie*, lo que en última instancia me empujó a escribir el texto que ha llegado al lector.

Explicado el origen, vienen ahora los agradecimientos, que en este caso no son en absoluto formales. En primer lugar, al factor logístico. Sendos contratos como profesor invitado de la Université Pierre et Marie Curie, que he disfrutado respectivamente en 2004 y 2008. En segundo lugar, hay una sólida lista de personas a mencionar, especialmente en los ambientes biológicos parisinos. Como debo empezar por alguien, lo haré por Jean-Pierre Gasc, por las largas *soirées* que me ha dedicado durante años, con sus conocimientos de archivo viviente del Muséum. De la misma institución, Françoise K. Jouffroy y Patrick Tort me convencieron, cada uno por su lado, de realizar esta versión a partir de una previa, mucho más esquemática. A ambos les debo también sugerencias y comentarios; en el caso de Françoise con especial asiduidad. En ese contexto debo añadir los nombres de Jean Gayon (Sorbonne) y de Armand de Ricqlès (Collège de France). Jacques Castanet y Jorge Cubo, en la universidad, han contribuido con sus opiniones, y con la logística de contratos ya mencionada.

Ya lejos de las orillas del Sena, debo mencionar a Mercè Durfort (Universidad de Barcelona), quien probablemente sabe más que nadie sobre mis cuitas para que el manuscrito fuera publicado. De ello también supieron algo en la misma Universidad de Barcelona el profesor E. Gadea, quien además puso su erudición al servicio de la corrección del texto, Carles Carreras, y el tristemente desaparecido Lluís Argemí. En el mismo contexto debo citar a Salvador Moyà, del Instituto de Paleontología Miquel Crusafont. Con el malogrado Pere Alberch discutí largo y tendido sobre Cuvier, Geoffroy y la *Naturphilosophie*, sin que nos pusieramos de acuerdo. Ojalá hubiera podido leer estas reflexiones, e ironizar sobre ellas. Máximo Sandín (Universidad Autónoma de Madrid) me sugirió, con gran acierto, la posibilidad de las ediciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). La confianza que han puesto en mí y en mi manuscrito Miguel Angel Puig-Samper y José Manuel Prieto, en las citadas ediciones del CSIC, es de manual, dada mi condición de *outsider* en la materia. Mi viejo amigo Jaume Josa ha ejercido de correa de transmisión.

Y por último un agradecimiento colectivo, que reitera la dedicación. A la casa de Cuvier, el desaparecido (*hélas!*) Laboratoire d'Anatomie Comparée, y a todo su personal, presente y ausente, que

en un ya lejano otoño acogió y confió en un jovencito de veintitrés años, que aportaba poco más que entusiasmo e ilusión. Durante cerca de cuatro décadas, en el 55 de la rue Buffon (*au fond de la cour*), se me ha recibido periódicamente con los brazos abiertos, y se me ha ayudado fraternalmente. A pesar de la dedicatoria, este libro no salda ni con mucho la deuda.

París, febrero de 2008